

EL JOROBADO DE NOTRE DAME

PRIMEROS CAPÍTULOOS PROMOCIONALES

Victor Hugo

EL JOROBADO DE NOTRE DAME



Selección
CLÁSICOS UNIVERSALES

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Traducción: Pablo R. Nogueras

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta bajo licencia Shutterstock,
Autor: De Taves

Primera edición: *Octubre, 2022*
Segunda edición: *Marzo, 2024*

ISBN: 978-84-18765-15-5
Depósito legal: M-19849-2022
Printed in Spain - Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

El Jorobado de Notre Dame (Nuestra Señora de París) se ha convertido a lo largo del tiempo en un símbolo vivo del romanticismo y, cómo no, en una de las mejores obras maestras de la literatura universal. Una historia de amores imposibles al amparo del mito de «La Bella y La Bestia», donde seres humanos desdichados se entrecruzan en un París lúgubre de callejuelas sombrías y solitarias, en el cual deslumbra con luz propia la arquitectura gótica de la catedral de Notre Dame, designada por Victor Hugo como patrimonio cultural, monumento nacional y un símbolo indispensable de Francia, pues estuvo obsesionado con ella durante toda su vida y quiso plasmar esa veneración convirtiéndola en el eje central de la trama. De hecho, de alguna manera, la propia catedral es un personaje más de la novela, no solo un escenario fantástico y representativo de una época inolvidable. Sus muros «sienten, respiran y padecen» a lo largo del tiempo, a lo largo de la historia. No hay que olvidar que el título original de esta obra es *Notre-Dame de Paris*, lo cual supone una declaración de intenciones por parte de Hugo, que da a entender la importancia de ese espacio para el argumento, siendo Notre Dame, por una parte, el hilo conductor, cruzado y enlazado con la ciudad y las vidas de los individuos, y por otra, un decorado imponente y una figura que se transforma a medida que avanza esta Francia oscura y decadente.

Nos gustaría destacar que Victor Hugo es al idioma francés lo que Benito Pérez Galdós es al idioma español. Es un cronista que desgrana los acontecimientos pasados y dignos de memoria de un país. Compone una radiografía minuciosa de la sociedad

donde vive, pero articulada mediante un relato de ficción que atrapa desde la primera página hasta la última. Es decir, nos brinda la oportunidad de conocer en detalle cómo se vivía y se pensaba en esa época, de descubrir qué movimientos y circunstancias formaron el carácter social que dominaba en sus gentes. En definitiva, podemos disfrutar de *El Jorobado de Notre Dame* de dos maneras: como libro histórico con una fidelidad asombrosa y como ficción de un amor imposible que tocará nuestros corazones. Hasta la criatura más insensible acabará por rendirse a un argumento donde desfilarán Quasimodo, el campanero, un ser deforme, sordo, con un desarrollado carácter antisocial, pero de gran corazón; la preciosa Esmeralda, una joven que embriaga con su belleza a todo aquel que la ve; el archidiácono Claude Frollo, que ejerce de malvado villano, una persona cruel y manipuladora; el capitán Phoebus de Châteaupers, fogoso y seductor... En definitiva, cuatro formas alternativas de entender el amor.

«El cuerpo humano es solo apariencia y esconde la verdadera realidad. La realidad de lo que somos es el alma. Los que padecéis porque amáis, amad más todavía; morir de amor es vivir».

El tema fundamental que domina el engranaje que construye Victor Hugo para entretener, pero sobre todo para hacernos reflexionar, es la asignación del aspecto físico como elemento de catalogación social. Si uno es un monstruo, horripilantemente feo como Quasimodo, no tiene cabida en nuestra sociedad, salvo para convertirse en el hazmerreír de todo el mundo y sufrir mil y una jugarretas. Si alguien es deslumbrantemente bella como Esmeralda, pero su aspecto denota que es de una clase social más baja y de una etnia que causa rechazo, no tiene cabida en nuestra sociedad, aunque por su hermosura estaríamos dispuestos a olvidarnos de esos «defectos» y poseerla. Si, por el contrario, nos encontramos a un sujeto muy guapo, atractivo y que además tiene una buena posición social, como el capitán Phoebus, sí se

tiene cabida en nuestra sociedad, pues todos queremos ser él, pase lo que pase.

Aunque parezca ridículo, este es el esquema que se seguía en aquellos tiempos, y que denuncia sutilmente Victor Hugo en estas páginas. Por desgracia, es algo en lo que nos seguimos basando hoy, por mucho que hayamos evolucionado como colectivo. De ahí la relevancia que sigue teniendo esta obra en la actualidad. El «triunfo final» de los personajes, no por su aspecto, ni por su condición, sino por su corazón, por cómo son y por cómo se comportan con las personas y lo que aportan a la vida, invita a una meditación postrera en el lector. ¿Qué es más importante, nuestro aspecto y situación social o la forma en la que actuamos? La respuesta es obvia: allá donde hagamos las cosas con amor, las cosas estarán bien hechas. Si todos actuásemos así, el mundo en el que vivimos funcionaría mucho mejor y acabaríamos con todas las injusticias que describe esta extraordinaria narración, mundialmente conocida por su adaptación al cine gracias a la mayor fábrica de sueños jamás creada, The Walt Disney Company.

El editor

*«El pensamiento no es otra cosa que un simple soplo.
Pero un soplo que hace estremecer al mundo».*

Victor Hugo

PREFACIO

Hace unos años, cuando visitaba o, mejor dicho, cuando andaba fisgando por Nuestra Señora de París, el autor de este libro halló en un rincón oscuro de una de las torres la siguiente palabra, grabada a mano:

ἌΝΑΤΚΗ^[1]

Estas letras mayúsculas griegas, oscurecidas por el paso de los años y tan profundamente talladas en la piedra, ignoro los signos propios de la caligrafía gótica impresos en sus formas y actitudes, como para revelar que se trataba de una mano del medievo la que las escribió, llamaron grandemente la atención del autor, sobre todo el sentido lúgubre y fatal que encierran.

Entonces se preguntó y trató de adivinar quién podía ser el alma en pena que no había querido abandonar este mundo sin haber dejado este estigma de un crimen o de una desdicha en el muro de la vieja iglesia.

Desde entonces, se ha enjalbegado o raspado (no sé cuál de las dos cosas) el muro, y la inscripción ha desaparecido. Y es que así se actúa desde hace doscientos años con las maravillosas iglesias de la Edad Media. Las mutilaciones les son practicadas por todas partes, tanto desde dentro como desde fuera. El cura las encala, el arquitecto las raspa y después el pueblo aparece y las demuele.

Así pues, salvo el frágil recuerdo que aquí le consagra el autor de esta obra, ya no queda hoy nada de la misteriosa palabra grabada en la torre sombría de Nuestra Señora de París, nada del

[1] Fatalidad (en griego).

destino desconocido que resumía de una forma tan melancólica. El hombre que la escribió en el muro ha desaparecido hace varios siglos, a través de las generaciones, a su vez la palabra se ha borrado del muro de la iglesia y la propia iglesia desaparecerá tal vez pronto de la tierra.

Sobre esta palabra se ha escrito esta obra.

Febrero de 1831

LIBRO PRIMERO

1

EL SALÓN MAYOR

Hoy hace trescientos cuarenta y ocho años, seis meses y diecinueve días que los parisinos se despertaron con el estrépito de todas las campanas repicando como locas en el triple recinto de la Cité, de la Universidad y de la Villa.^[2]

La historia no ha guardado ningún recuerdo de aquel 6 de enero de 1482. Nada digno de mención de aquel acontecimiento que desde muy temprano hizo repicar las campanas y puso en pie a todos los burgueses de París. No se estaba produciendo ningún ataque de los borgoñeses o los picardos, ni tampoco estaban paseando en procesión reliquia alguna; tampoco se trataba de una manifestación de estudiantes en la viña de Laas o la presencia inesperada de nuestro muy temido y respetado señor, Su Majestad el rey. Ni siquiera se trataba de la llamativa ejecución pública de un grupo de ladrones o rateras por la justicia de París en el patíbulo. Tampoco lo causaba la aparición, tan familiar en el París del siglo xv, de alguna embajada seductora y exótica, pues apenas dos días antes se había visto la última cabalgata de esta clase, precisamente la de la embajada flamenca, que había tenido lugar para concertar el matrimonio entre el delfín

[2] Esto abarca los actuales distritos de la Île de la Cité (donde se sitúa la catedral de Nuestra Señora de París) y los distritos situados a ambos lados del río Sena, en donde actualmente se sitúan la Sorbona (Université) y el ayuntamiento de la ciudad (Ville).

y Margarita de Flandes^[3] que, dicho sea de paso, fue motivo de gran disgusto para monseñor el cardenal de Borbón, que tuvo que fingir sentirse muy complacido ante toda la ordinaria multitud de burgomaestres flamencos para agradar al rey, teniendo además que agasajarlos en su palacio de Borbón con una bonita representación y una farsa de lo más entretenido, mientras los suntuosos tapices extendidos a la entrada para la recepción de la embajada eran empapados por un intenso aguacero que los echaba a perder.

Lo que animaba de tal forma al pueblo de París aquel 6 de enero, como dice Jehan de Troyes, era la doble celebración, que coincidía desde tiempos inmemoriales, del día de Reyes y la Fiesta de los Locos.^[4]

Ese día debía encenderse una gran hoguera en la plaza de Grève, plantar el mayo en la capilla de Braque y representar un misterio^[5] en el Palacio de Justicia.

El pregón ya lo habían hecho la víspera por las plazas y calles de la villa, al son de trompetas y tambores, los criados del preboste de París, que llevaban hermosas sobrevestas de camelote de color violeta, con grandes cruces blancas bordadas en el pecho.

La muchedumbre formada por burgueses y burguesas acudía de todas partes, desde la mañana, quedando casas y tiendas cerradas, a alguno de estos tres lugares mencionados, habiendo escogido según sus gustos la fogata, el mayo o la representación del misterio. Es preciso decir, como elogio al antiguo sentido común de los curiosos de París, que la mayoría de la gente se dirigía a la hoguera, lo cual era lo más adecuado por la época del año, o bien al misterio que debía ser representado en el Salón

[3] Carlos VIII, que fue prometido por el Tratado de Arrás (1482) a Margarita de Austria, aunque este compromiso matrimonial sería más tarde roto por los regentes del Delfín para casarlo con Ana de Bretaña.

[4] Fiesta que se celebraba desde Navidad hasta Reyes, especialmente el primer día del año. Era una fiesta en la que se bromeaba, se bailaba y se iba disfrazado, como en Carnaval, pero se hacía entrando en algunas iglesias durante los oficios. Por este motivo fue perseguida por el clero.

[5] Pieza dramática propia de la Edad Media, típica especialmente de Francia y de la corona de Aragón, referida a un episodio bíblico.

Mayor del Palacio de Justicia, bien cubierto y cerrado, de manera que la mayoría dejaba de lado al pobre mayo pobremente florido, tiritando de frío y solo bajo el cielo de enero en el cementerio de la capilla de Braque.

La gente se dirigía sobre todo a las avenidas del Palacio de Justicia, ya que se sabía que los embajadores flamencos, llegados dos días antes, iban a asistir a la representación del misterio y a la elección del Papa de los locos, la cual debía realizarse precisamente en el Salón Mayor.

No era precisamente fácil poder entrar aquel día en este Salón Mayor, considerado a la postre el recinto cubierto más grande del mundo (aunque es cierto que Sauval no había medido aún el Salón Mayor del château de Montargis). La plaza del Palacio de Justicia, abarrotada de gente, ofrecía a los curiosos asomados a las ventanas una imagen como de un mar en el cual cinco o seis calles, como si se tratase de otras tantas desembocaduras de ríos, vertían sin cesar nuevas oleadas de cabezas. Las oleadas de aquella muchedumbre, que no dejaban de crecer, chocaban con las esquinas de las casas que emergían aquí y allá como si fuesen promontorios en el trazado irregular de la plaza. En el centro de la alta fachada gótica del Palacio de Justicia, la gran escalinata era utilizada sin cesar para subir y bajar por una doble corriente de personas que, tras precipitarse contra el rellano del centro, se expandía en oleadas hacia las dos rampas laterales. Como decía, esa escalinata vertía gente sin cesar hacia la plaza, como un torrente vierte sus aguas a un lago. Los gritos, las risas, el bullicio de aquellos millares de pies producían un inmenso ruido y un gran clamor. De vez en cuando el clamor y el alboroto se redoblaban y el flujo constante de la multitud hacia la escalinata provocaba avalanchas, altercados y remolinos. Aquello se debía a los empujones de algún arquero al abrirse camino entre la muchedumbre o a la coza del caballo de algún sargento del preboste que acudía a restablecer orden. Admirable tradición esta que han legado los prebostes a los condestables, estos

últimos a su vez a los mariscales y ellos a los gendarmes de nuestra época.

En las puertas, las ventanas, las buhardillas o sobre los tejados, pululaban millares de afables rostros burgueses, tranquilos y honrados, que contemplaban el Palacio de Justicia, observando a la multitud, sin pedir nada más, ya que mucha gente en París se contenta con el espectáculo de ver a espectadores, pues ya es de por sí bastante curiosa una muralla tras la cual sucede algo.

Si nos fuese posible a nosotros, hombres de 1830, mezclarnos de forma imaginaria con aquellos parisinos del siglo xv y entrar con ellos, ser arrastrados, zarandeados y empujados a aquel inmenso salón del Palacio de Justicia, tan abarrotado aquel 6 de enero de 1482, el espectáculo no habría dejado de ser interesante y encantador, y nos veríamos rodeados de cosas tan antiguas que nos habrían parecido nuevas.

Si el lector lo permite, trataremos de evocar con la imaginación la impresión que habría experimentado con nosotros al franquear el umbral de aquel Salón Mayor y verse en medio de una multitud vestida con jubones, sobrevestas y cotardías.

Para empezar, zumbidos en las orejas y deslumbramiento en los ojos. Por encima de nuestras cabezas una doble bóveda ojival decorada con esculturas de madera pintada de azur y con flores de lis doradas, bajo nuestros pies un suelo de mármol que alterna las losas blancas y negras. A unos pasos de nosotros un enorme pilar, después otro y luego otros más, hasta siete pilares a lo largo del salón sosteniendo en la mitad de su anchura los arranques de la doble bóveda. Alrededor de los cuatro primeros pilares, tiendas de comerciantes, todas ellas relucientes de vidrios y olopeles; y, alrededor de las tres últimas, bancos de madera de roble, desgastados y pulidos por las calzas de los litigantes y las togas de los abogados. En torno al salón, a lo largo de la alta pared, entre las puertas, entre las ventanas, entre los pilares, la interminable hilera de las estatuas de todos los reyes de Francia, desde Faramundo: los reyes holgazanes de brazos caídos y mirada gacha; los reyes valientes y batalladores con las

manos y las cabezas orgullosamente elevadas al cielo. Después, en los altos ventanales ojivales, vitrales de mil colores; en las amplias entradas al salón, ricas puertas exquisitamente talladas; y, en conjunto, bóvedas, pilares, muros, chambranas, artesonados, puertas, estatuas, todo recubierto de arriba abajo por una espléndida pintura azul y oro que, ya un tanto desvaída en la época en que la vemos, casi había desaparecido por completo bajo el polvo y las telarañas en el año de gracia de 1549 en que Du Breul^[6] todavía la admiraba por tradición.

Y ahora vamos a imaginarnos ese inmenso salón alargado, iluminado por la claridad mortecina de un día de enero, invadido por un gentío variegado y vivaracho que pulula a lo largo de sus paredes y gira en torno a sus siete pilares y así nos haremos una idea confusa sobre el conjunto del cuadro cuyos detalles precisamente más curiosos vamos a tratar de indicar.

Es evidente que si Ravaillac^[7] no hubiese asesinado a Enrique IV, no habría habido pruebas del proceso Ravaillac depositadas en la secretaría del Palacio de Justicia, ni tampoco cómplices interesados en hacerlas desaparecer, ni consecuentemente incendiarios obligados, a falta de un medio mejor, a prender fuego a la secretaría para hacerlas desaparecer ni a incendiar el Palacio de Justicia para hacer desaparecer la secretaría y, en definitiva, como es natural, tampoco se habría declarado el incendio de 1618. El viejo palacio todavía permanecería en pie con su viejo Salón Mayor y podría yo decir al lector: «Vaya a verlo» y así unos y otros nos ahorraríamos la doble tarea: yo hacer una descripción tal vez no muy buena y él leerla. Todo esto demuestra que los grandes acontecimientos tienen consecuencias inconmensurables.

[6] Jacques du Breul (1528-1614) fue un monje benedictino francés de la abadía de Saint-Germain-des-Prés. Entre sus muchas obras, la más importante es la dedicada a la historia de París.

[7] François Ravaillac (1578-1610) asesinó al rey Enrique IV de Francia apuñalándolo cuando este iba en su carroza por la calle de la Industria de París. Ravaillac fue prendido, juzgado y ejecutado en la plaza de la Grève (donde hoy se sitúa el ayuntamiento de la ciudad) entre horribles torturas.

Es verdad que sería muy posible que Ravailac no contase en primer lugar con ningún cómplice y, en segundo lugar, que sus cómplices, si por ventura los hubiese tenido, no hubiesen tenido nada que ver con el incendio de 1618. Existen otras dos explicaciones muy aceptables para ese desastre. La primera, la gran estrella ardiente de un pie de anchura y de un codo de altura que, como todos saben, cayó del cielo sobre el Palacio de Justicia el 7 de marzo pasada la medianoche; en segundo lugar, tenemos la cuarteta de Théophile que reza:

*Certes, ce fut un triste jeu,
Quand à Paris dame justice,
Pour avoir mangé trop d'épice,
Se mit tout le palais en feu.^[8]*

Sea lo que fuere que se piense acerca de esta triple explicación política, física y poética del incendio del Palacio de Justicia en 1618, lo cierto es que desgraciadamente hubo un incendio y punto. Queda muy poco del palacio hoy en día debido a esta catástrofe y gracias sobre todo a las sucesivas restauraciones que se han realizado y que han terminado lo que el fuego no pudo hacer. Queda muy poca cosa ya de la que fue primera residencia de los reyes de Francia, de este palacio, hermano mayor del Louvre, ya muy viejo en tiempos de Felipe el Hermoso, cuando se buscaban los restos de las magníficas construcciones llevadas a cabo por el rey Roberto y descritas por Hergaldo. Casi todo ha desaparecido. ¿Qué ha ocurrido con el salón de la Cancillería en el que el rey San Luis «consumó su matrimonio»? ¿Y del jardín en donde él administraba justicia «vestido con una cota de camolote, una sobrevesta de Tiritaña, sin mangas, y con una túnica de sándalo negro sobre los hombros, echado en alfombras y con

[8] Sin duda fue una triste actuación, cuando en París la señora justicia, por haber comido demasiado picante, le pegó fuego a todo su palacio. (Picante, en francés *épice*, es un juego de palabras porque también serían las minutas que cobran los abogados).

Joinville?^[9] ¿Dónde está la cámara del emperador Segismundo? ¿Y la de Carlos IV? ¿Y la de Juan sin Tierra? ¿Dónde se encuentra la escalinata desde la que Carlos VI promulgó su edicto de gracia? ¿Y la losa en la que Marcel degolló, en presencia del delfín, a Robert de Clermont y al mariscal de Champagne? ¿Y la portilla donde fueron rotas las bulas del antipapa Benedicto y por donde se marcharon quienes las habían llevado, castrados y encapirotados, entre burlas y haciendo penitencia por todo París? ¿Y el Salón Mayor con sus dorados, su azur, sus ojivas, sus estatuas y pilares y su bóveda inmensa llena de esculturas? ¿Y la cámara dorada? ¿Y el león de piedra que se hallaba a la entrada con la cabeza gacha y la cola entre las patas, como los leones del trono de Salomón en actitud sumisa como corresponde a la fuerza ante la justicia? ¿Y las hermosas puertas? ¿Y los bellos vitrales? ¿Y los herrajes cincelados que desanimaban a Biscornette?^[10] ¿Y las delicadas piezas de ebanistería de Du Hancy?... ¿Qué han hecho el tiempo y los hombres de estas maravillas? ¿Qué se nos ha dado por todo eso, por toda esta historia gala, por todo este arte gótico? Las pesadas cimbras rebajadas de monsieur de Brosse, este torpe arquitecto del pórtico de Gervais responden por el arte y, en cuanto a la historia, los recuerdos parlanchines del gran pilar en donde aún resuenan los chismorreos de los Patrus.^[11]

No es gran cosa realmente. Regresemos, pues, al verdadero Salón Mayor del genuino y viejo Palacio de Justicia.

Los dos extremos de este gigantesco paralelogramo estaban ocupados, uno por la famosa mesa de mármol, tan larga, ancha

[9] Jean Sire de Joinville (1224-1317) fue uno de los cronistas medievales más importantes de Francia y escribió una Historia de San Luis (Luis IX, rey de Francia). En ella se menciona al rey administrando justicia en el jardín al que alude el texto.

[10] Biscornet (o Biscornette) fue el herrero encargado de terminar las puertas de Santa Ana. Como no era capaz de hacerlo, se obsesionó tanto que dejó de comer y de dormir hasta que —cuenta la leyenda— el diablo le ofreció su ayuda. Él aceptó y las puertas quedaron terminadas, pero no podían abrirse. Solo fue posible abrirlas cuando un sacerdote las roció con agua bendita.

[11] Olivier Patru (1604-1681) fue un famoso abogado y escritor francés. Aquí se refiere a los abogados en general.

y gruesa como jamás se vio, según rezan los viejos pergaminos, en un estilo que habría abierto el apetito de Gargantúa, «semillante loncha de mármol en el mundo», el otro por la capilla en donde Luis XI se había hecho esculpir de rodillas ante la Virgen y adonde había hecho llevar, sin preocuparle que quedasen dos nichos vacíos en la fila de las estatuas reales, las de Carlomagno y San Luis, dos santos que él suponía de renombre en el cielo por haber sido reyes de Francia. Esta capilla, todavía nueva, construida apenas hace seis años, tenía toda ella ese gusto encantador de arquitectura delicada, de escultura maravillosa, fina y profundamente cincelada, que define entre nosotros el fin de la era gótica y se perpetúa hasta mediados del siglo XVI en esas fantasías feéricas del Renacimiento. El pequeño rosetón calado sobre el pórtico era concretamente una obra maestra de tenuidad y de gracia, podría decirse que era una estrella de encaje.

En el centro del salón, frente a la gran puerta, se había levantado un estrado de brocado de oro, adosado al muro, en el cual se había colocado un acceso privado mediante una ventana en el pasillo de la cámara dorada para la legación flamenca y los demás personajes importantes invitados a la representación del misterio.

Es en la mesa de mármol donde, según marca la tradición, se debía representar el misterio. Ya había sido preparada para ello desde la mañana. Su rica plancha de mármol, totalmente rayada por los pies de los secretarios judiciales, sostenía una especie de armazón bastante alto, cuya superficie superior, visible para todos los presentes en el salón, debía servir de teatro y cuyo interior, oculto por unos tapices, debía servir de vestuario a los personajes de la obra. Una escalera, ingenuamente colocada por fuera, debía comunicar el escenario con el vestuario y dejar sus peldaños desgastados para que entrasen y saliesen los actores. No había personaje tan imprevisto, peripecia o golpe de efecto que se viese obligado a utilizar aquella escalera. ¡Inocente y venerable infancia del arte y de la tramoya!

Cuatro sargentos del bailío del palacio, guardianes forzosos de todos los placeres del pueblo tanto los días festivos como los de ejecución, permanecían de pie en cada esquina de la mesa de mármol.

Tras la última campanada de las doce del mediodía en el gran reloj del palacio tenía que comenzar la representación. Era muy tarde sin lugar a duda para una representación teatral, pero había sido necesario por el horario de los embajadores flamencos.

Ahora bien, toda aquella muchedumbre aguardaba allí desde la mañana. Un gran número de aquellos honestos curiosos tiritaban de frío desde el que despuntó el día ante la gran escalinata del Palacio de Justicia. Algunos afirmaban haber pasado la noche al raso, tumbados ante la puerta principal para tener la seguridad de ser los primeros en entrar. La muchedumbre se iba haciendo más numerosa por momentos y, como el agua que rebasa su nivel, empezaba a trepar por los muros, a crecer en torno a los pilares, a desbordarse en los entablamentos, en las cornisas, en los parapetos de los ventanales y en todos los salientes de la fachada y en todos los relieves de las esculturas. Por eso las molestias, la impaciencia, el aburrimiento, la libertad de un día de cinismo y de locura, las disputas que estallaban por un codo demasiado avanzado o una suela metálica, el cansancio de la larga espera, creaban ya, bastante antes de la hora de llegada de los embajadores, un tono amargo y agrio en el clamor de toda aquella gente encerrada, apiñada, empujada, pisoteada y asfixiada. No se oían más que quejas e injurias contra los flamencos, el preboste de los comerciantes, el cardenal de Borbón, el bailío de palacio, Margarita de Austria, los alguaciles, contra el frío, el calor, el mal tiempo, el obispo de París, contra el Papa de los locos, los pilares, las estatuas, contra esta puerta cerrada o aquella ventana abierta; todo ello para gran diversión de pandillas de estudiantes o de lacayos diseminados entre la masa, que añadían a todo aquel malestar sus bromas y provocaciones para espolear, por así decirlo, aquel mal humor general.

Había entre otros un grupo de estos alegres demonios que, después de haber echado abajo la cristalera de un ventanal, se habían sentado con toda su osadía en el entablamento y desde allí lanzaban por turnos sus miradas y sus mofas, tanto a los de dentro como a los de fuera, sobre la muchedumbre del salón y la que se hallaba en la plaza. Por sus gestos caricaturescos, sus risas estentóreas, las llamadas burlonas que se hacían de uno a otro extremo del salón, se veía fácilmente que aquellos estudiantes no compartían el aburrimiento y la fatiga del resto de los asistentes y que bien sabían, para su propio placer, disfrutar del espectáculo que tenía lugar ante sus ojos mientras aguardaban con paciencia el siguiente.

—¡Por mi alma que es usted Joannes Frollo de Molendino! —gritó uno de ellos a una especie de diablillo rubio, de rostro agraciado y pizarón, que se apoyaba en las hojas de acanto de uno de los capiteles—. Es usted al que llaman Jehan du Moulin, porque sus dos brazos y sus dos piernas se parecen a las aspas que mece el viento.^[12] ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Por la misericordia del diablo —repuso Joannes Frollo—, ya más de cuatro horas y espero que me las descuenten de mi tiempo en el purgatorio. He oído los cuatro chantres del rey de Sicilia entonar el versículo primero de la misa mayor de las siete en la Santa Capilla.^[13]

—Son unos buenos chantres —repuso el otro—, ¡y tienen una voz aún más aguda que sus bonetes! Antes de crear una misa para San Juan, el rey debería haberse informado de si al señor San Juan le gusta el latín salmodiado con acento provenzal.

—¡Lo ha hecho solo para emplear a esos malditos chantres del rey de Sicilia! —exclamó con acritud una vieja de la muchedumbre colocada bajo el ventanal—. ¡Ya me gustaría a mí! ¡Mil

[12] Se trata de un juego de palabras, ya que el apellido Moulin significa «molino».

[13] La Santa Capilla (Sainte-Chapelle) es una capilla situada dentro del Palacio de Justicia de París, que sigue existiendo en la actualidad y se considera una joya de la arquitectura gótica por sus altas vidrieras.

libras parisinas por una misa!, ¡y encima con cargo a la venta del pescado de mar del mercado de París!

—¡Calma, señora! —replicó un grave y gordo personaje que se tapaba la nariz junto a la vendedora de pescado—, había que crear una misa. ¿Acaso quiere que el rey vuelva a caer enfermo?

—¡Así se habla, sire Gilles Lecornu, maestro peletero y sastre del rey! —exclamó el estudiante aferrado al capitel.

Una carcajada de todos los estudiantes acogió el desafortunado nombre del pobre peletero y sastre real.^[14]

—¡Lecornu! ¡Gilles Lecornu! —decían unos.

—*Cornutus et hirsutus*^[15] —replicaba otro.

—¡Eh! —continuó el diablillo del capitel—, ¿de qué se ríen? ¡Honorable Gilles Lecornu, hermano de maese Jehan Lecornu, preboste del palacio real, a hijo de maese Mahiet Lecornu, primer portero del bosque de Vincennes, todos ellos burgueses de París, todos casados de padres a hijos!

El jolgorio se redobló. El orondo peletero del rey, sin responder una palabra, trataba de librarse de las miradas que se fijaban en él desde todas partes, pero en vano sudaba y resoplaba. Como una cuña que se hunde en la madera, los esfuerzos que realizaba no servían más que para encajar más sólidamente en los hombros de sus vecinos su voluminosa cara apopléjica, roja de despecho y de cólera.

Finalmente, uno de ellos, gordo, bajo y venerable como él, acudió en su ayuda:

—¡Maldición! ¡Estudiantes hablando de esta guisa a un burgués! En mis tiempos los habrían azotado con un haz de varas que luego habrían servido para quemarlos.

Toda la pandilla se carcajeó.

—¡Hala! ¿Quién canta así? ¿Quién es esa ave de mal agüero?

—¡Mira! ¡Yo le conozco! —dijo uno—. Es maese Andry Musnier.

[14] Lecornu, sería en español «el cornudo».

[15] Cornudo e hirsuto.

—¡Como que es uno de los cuatro libreros jurados de la Universidad! —dijo el otro.

—Todo va por cuadruplicado en esta tienda —añadió un tercero—: las cuatro naciones, las cuatro facultades, las cuatro fiestas, los cuatro procuradores, los cuatro electores,^[16] los cuatro libreros.

—Pues bueno —continuó Jehan Frollo—, habrá que armarles a los cuatro un jaleo de todos los demonios.

—Musnier, te quemaremos los libros.

—Musnier, zurraremos a tus lacayos.

—Musnier, incordiaremos a tu mujer.

—La gorda de la señora Oudarde.

—Que está tan lozana y contenta como si fuese viuda.

—¡Anda y que os lleve el diablo! —gruñó maese Andry Musnier.

—Maese Andry —dijo Jehan, aún colgado de su capitel—, si no te callas, ¡me tiro encima de ti!

Maese Andry levantó los ojos, pareció medir la altura del pilar, el peso del chistoso, multiplicó su peso por el cuadrado de la velocidad y se calló.

Jehan, dueño del campo de batalla, prosiguió en tono triunfal:

—¡Lo haré, aunque sea hermano de un archidiácono!

—¡Menuda gentuza estos de la Universidad! ¡Ni siquiera han hecho respetar nuestros privilegios en un día como hoy! Pero bueno, tenemos un mayo y la fogata en la villa; misterio, papa de los locos y embajadores flamencos en la Cité, y en la Universidad, ¡nada!

—¡Pero la plaza Maubert es lo bastante grande! —repuso uno de los estudiantes instalados en el alféizar de la ventana.

—¡Abajo el rector, los electores y los procuradores! —gritó Joannes.

[16] Cada uno de los príncipes de Alemania a quienes correspondía la elección y nombramiento de emperador. Esto guarda relación con las cuatro naciones a las que se hace referencia (Francia, Alemania, Picardía y Borgoña).

—Habrá que hacer un fuego, una fogata esta tarde en el Champ-Gaillard —prosiguió otro—, con todos los libros de maese Andry.

—¡Y con los pupitres de los escribanos! —dijo su vecino.

—¡Y con las varas de los bedeles!

—¡Y con las escupideras de los decanos!

—¡Y con las urnas de los electores!

—¡Y con los escabeles del rector!

—¡Abajo! —replicó el pequeño Jehan en fabordón—. ¡Abajo maese Andry, los bedeles, los escribas, los teólogos, los médicos y decretistas! ¡Abajo los procuradores, los electores y el rector!

—¡Es el fin del mundo! —murmuró maese Andry, tapándose los oídos.

—Por cierto, ¡el rector! ¡Ahí va caminando por la plaza! —gritó uno de los de la ventana.

Todos se volvieron hacia la plaza.

—¿De verdad es nuestro venerable rector, maese Thibaut? —preguntó Jehan Frollo du Moulin, que estaba aferrado a uno de los pilares del interior y no podía ver lo que ocurría en la plaza.

—Sí, sí —respondieron los otros—; seguro que es él, maese Thibaut, el rector.

Efectivamente, el rector y todos los dignatarios de la Universidad se dirigían en procesión a la cabeza de la embajada y estaban cruzando en aquel momento la plaza del Palacio de Justicia. Los estudiantes, apelotonados en la ventana, les saludaron al pasar con sarcasmos y aplausos irónicos. El rector, que encabezaba la comitiva, se llevó la primera andanada, que no fue dura.

—¡Buenos días, señor rector! ¡Hola! ¡Buenos días!

—¿Cómo se las ha arreglado para estar aquí, jugador impenitente? ¿Así que ha dejado los dados?

—¡Cómo trota en su mula! ¡Pero si tiene las orejas más pequeñas que él!

—¡Holaaa! ¡Buenos días, señor rector Thibaut! —¡*Tybalde aleator!*^[17] ¡Viejo imbécil! ¡Jugador empedernido!

—¡Que dios lo guarde! ¿Le han salido seis dobles esta noche?

—¡Oh! ¡Mira la cara ajada y caída de tanta partida de dados!

—¿A dónde va así, *Tybalde ad dados*,^[18] dándole la espalda a la Universidad y trotando hacia la villa?

—Seguro que va a buscar un garito de la calle Thibautodé^[19]

—exclamó Jehan du Moulin.

Toda la pandilla repitió el mote con voces tronadoras y furiosos aplausos.

—Va a buscar su garito de la calle Thibautodé, ¿verdad, señor rector, jugador de la partida del diablo?

Después le tocó al resto de los dignatarios.

—¡Abajo los bedeles! ¡Abajo los maceros!

—Di, Robin Poussepain, ¿quién es ese de ahí?

—Es Gilbert de Suilly, *Gilbertus de Soliaco*, el canciller del colegio de Autun.

—Toma, aquí tienes mi zapato. Tú estás mejor en un sitio mejor que el mío. Tíraselo a la cara.

—*Saturnalitias mittimus ecce nuces.*^[20]

—¡Abajo los seis teólogos con sus sobrepellices blancas!

—¿Esos son los teólogos? Creí que eran las seis ocas blancas que le regaló Santa Genoveva a la villa por el feudo de Roogny.

—¡Abajo los médicos!

—¡Abajo las discusiones cardinales y en broma!

—¡Ahí va mi birrete, canciller de Santa Genoveva! ¡Me la has jugado! ¡Es verdad! Le ha dado mi puesto en la nación de

[17] Tibaldo, el jugador.

[18] Tibaldo de los dados.

[19] Juego de palabras que une el nombre Thibaut y las palabras francesas «aux» (de los) «dé» (dado). El resultado sería Thibaut de los dados (Thibaut-aux-dés).

[20] *Te envío nueces de las saturnales*. Hace referencia a que la gente se arrojaba nueces durante las fiestas saturnales romanas y la Fiesta de los locos era una herencia de estas.

Normandía al pequeño Ascanio Falzaspada, de la provincia de Bourges porque era italiano.

—¡Es una injusticia! —gritaron todos los estudiantes—. ¡Abajo el canciller de Santa Genoveva!

—¡Eh, eh! ¡Maese Joachim de Ladehors! ¡Eh, eh! ¡Louis Dahuille! ¡Eh, eh! ¡Lambert Hoctement!

—¡Que el diablo ahogue al procurador de la nación alemana!

—¡Y a los capellanes de la Santa Capilla con sus mucetas grises! ¡*Cum tunicis grisís!*

—¡*Seu de pellibus grisís furratis!*^[21]

—¡Hola! ¡Los maestros en artes! ¡Ahí van esas bonitas capas negras! ¡Y esas bonitas capas rojas!

—¡Le hacen una bonita cola al rector!

—Se diría que es un dux de Venecia que va a la boda con el mar.

—¡Mira, Jehan! ¡Los canónigos de Santa Genoveva!

—¡Al diablo la canonjía!

—¡El Abad Claude Choart! ¡Doctor Claude Choart! ¿Busca a Marie la Giffarde?

—Está en la calle Glatigny.

—Está haciéndole la cama al rey de los rufianes.

—Ella paga sus cuatro denarios, *quatuor denarios*.

—*Aut unum bombum.*^[22]

—¿Quiere que se lo haga a usted gratis?

—¡Compañeros! Maese Simon Sanguin, el elector de Picardía, con su mujer subida a la grupa.

—*Post equitem sedet altra cura.*^[23]

—¡Ánimo, maese Simon!

—¡Buenos días, señor elector!

[21] Con sus túnicas grises.

O forradas de pieles grises.

[22] O un bombo.

[23] El jinete lleva detrás otras preocupaciones.

—¡Buenas noches, señora electora!

—¡Qué suerte tienen de verlo todo! —dijo con un suspiro Joannes de Molendino, aún aferrado a las hojas de su capitel.

Entretanto, el librero jurado de la Universidad, maese Andry Musnier, se inclinaba al oído del peletero real, maese Gilles Lecornu.

—Le digo, señor, que es el fin del mundo. Jamás se han visto tales desmanes entre los estudiantes. Esto es por las malditas invenciones modernas que echan todo a perder. Las artillerías, las serpentinas, las bombardas y, sobre todo, la imprenta, esa peste venida de Alemania. ¡Ya no hay manuscritos ni libros! La imprenta mata a la librería. Es el fin del mundo.

—Yo ya lo vengo observando en el aumento de las estolas de terciopelo —dijo el maestro peletero.

En ese momento dieron las doce del mediodía.

—¡Ah...! —exclamó toda la multitud al unísono. Los estudiantes se callaron. A continuación, se produjo un enorme revuelo, un gran movimiento de pies y de cabezas, una gran detonación de carraspeos y estornudos. Todo el mundo se acomodó, se situó, se estiró y se agrupó. Luego se produjo un gran silencio. Todos los cuellos se estiraron, las bocas quedaron abiertas y las miradas se fijaron en la mesa de mármol. No apareció nadie allí. Los cuatro sargentos del bailío seguían en sus puestos, rígidos e inmóviles como cuatro estatuas pintadas. Todos los ojos se dirigieron hacia el estrado, que estaba reservado a la embajada flamenca. La puerta permanecía cerrada y el estrado vacío. Toda aquella gente no esperaba más que tres cosas desde la mañana: que dieran las doce del mediodía, a la legación flamenca y el misterio. Hasta ahora solo había sido puntual las doce del mediodía.

Aquello era exasperante.

Aguardaron uno, dos, tres, cinco minutos, un cuarto de hora, y nada ocurría. El estrado continuaba desierto y el escenario mudo. Sin embargo, a la impaciencia le había sucedido la cólera. Circulaban en voz baja todavía las palabras irritadas,

eso es lo cierto: «¡el misterio!, ¡el misterio!», murmuraban en tono apagado los presentes. Los ánimos se iban caldeando. Una tempestad se estaba fraguando entre aquella multitud, aunque de momento solo eran truenos. Fue Jehan du Moulin quien lanzó la primera chispa.

—¡El misterio y al diablo los flamencos! —exclamó a voz en grito enroscándose en torno al capitel como una serpiente.

La muchedumbre aplaudió.

—El misterio —repitieron—. ¡Al diablo con Flandes!

—Queremos el misterio ahora mismo —dijo el estudiante—, o a fe mía que colgamos al bailío de París a modo de comedia y de moraleja.

—¡Bien dicho! —exclamó el pueblo—, y empecemos por colgar a los sargentos.

A esto le siguió una gran aclamación. Los cuatro pobres diablos palidecieron y se miraban entre ellos. La multitud se abalanzó sobre ellos, y ya veían cómo la frágil balaustrada de madera que los separaba se curvaba y cedía ante la presión de la muchedumbre.

El momento era crítico.

—¡A ellos! ¡A ellos! —gritaban de todas partes.

Justo en ese momento la tapicería del vestuario, que hemos descrito antes, se levantó y dio paso a un personaje cuya visión detuvo súbitamente al gentío, que trocó como por ensalmo su cólera por curiosidad.

—¡Silencio! ¡Silencio!

El personaje, que no estaba en absoluto tranquilo y temblaba como una hoja, avanzó hasta el borde de la mesa de mármol, haciendo a todos reverencias que parecían más bien genuflexiones a medida que se iba acercando.

Entretanto, la calma se había restablecido un poco. No se oía más que ese ligero murmullo que siempre surge del silencio de la multitud.

—Señores burgueses —dijo—, señoritas burguesas; vamos a tener el honor de declamar y representar ante su eminencia el señor cardenal una bellísima moralidad^[24] titulada *El recto juicio de Nuestra Señora la Virgen María*. En él represento el papel de Júpiter. Su eminencia acompaña en estos momentos a la muy honorable embajada de monseñor el duque de Austria, la cual se encuentra en estos momentos ocupada atendiendo el discurso del señor rector de la Universidad en la puerta de Baudets. En cuanto llegue su eminencia el cardenal, comenzaremos.

Está claro que fue necesaria nada menos que la intervención de Júpiter para salvar a los cuatro desdichados sargentos del baillío del Palacio de Justicia. Si hubiésemos tenido la ventura de haber inventado esta historia real y, por consiguiente, ser los responsables de ella ante nuestra señora la crítica, no podrían haber invocado contra nosotros el precepto clásico: *Nec deus inter-sit*.^[25] Por lo demás, el traje del señor Júpiter era muy atractivo y contribuyó no poco a calmar a la muchedumbre, atrayendo su atención. Júpiter estaba vestido con una brigantina cubierta de terciopelo negro, tachonada con clavos dorados. Iba tocado con un bicoquete guarnecido de botones dorados de plata y, de no haber sido por el maquillaje y la espesa barba que le tapaban media cara, o por el rollo de cartón dorado cuajado de lentejuelas y erizado de cintas relucientes que llevaba en la mano y en el que cualquier ojo avisado habría reconocido fácilmente el rayo, si no hubiese sido por sus pies de color carne cruzados con cintas al estilo griego, se le podría haber tomado, por la sobriedad de su atuendo, por un arquero bretón de la guardia del señor de Berry.

[24] Una moralidad era una obra teatral con contenido moral. Fueron típicas en la Edad Media y se representaron también durante los siglos xv y xvi.

[25] Y que no intervenga ningún dios. (Horacio)

PIERRE GRINGOIRE

Sin embargo, mientras él arengaba a la muchedumbre, la satisfacción y la admiración unánimemente provocadas por sus ropas se iban desvaneciendo con sus palabras, y cuando llegó a aquella desafortunada conclusión: «En cuanto llegue su eminencia el cardenal, comenzaremos», su voz se perdió en un estruendo de abucheos.

—¡Empezad ahora mismo! ¡El misterio! ¡Queremos el misterio ahora mismo! —gritaba el populacho. Por encima de todas sobresalía la voz de Johannes de Molendino, que se abría paso entre el griterío como el pífano en un guirigay de Nîmes.

—¡Que comience ahora mismo! —berreaba el estudiante.

—¡Abajo Júpiter y el cardenal de Borbón! —vociferaban Robin Poussepain y los otros estudiantes encaramados en la ventana.

—¡Que empiece ya la moralidad! —repetía la muchedumbre—. ¡Ahora mismo! ¡De inmediato! ¡El saco y la cuerda para los cómicos y el cardenal!

El pobre Júpiter, azorado, asustado, pálido bajo el maquillaje rojo, dejó caer su rayo, agarró el bicoquete con la mano y se puso a saludar tembloroso y balbuceante:

—Su eminencia..., los embajadores..., Margarita de Flandes... —no sabía qué decir. En el fondo temía ser colgado.

Colgado por el populacho por hacerlo esperar, colgado por el cardenal si no esperaba. Solo veía abismos a ambos lados, es decir, una horca.

Por suerte alguien vino a sacarlo de aquel atolladero y a asumir la responsabilidad.

Un individuo, que permanecía de pie a este lado de la balaustrada, en el espacio libre en torno a la mesa de mármol, y en el que nadie había reparado hasta entonces, pues su figura alta y delgada quedaba completamente oculta a las miradas por el fuste del pilar en el cual se apoyaba; este individuo, como decía-

mos, alto, delgado, lánguido, rubio, todavía joven aunque ya con arrugas en las sienes y en las mejillas, con ojos radiantes y una boca sonriente, vestido de sarga negra, raída y con brillos debido a su vejez, se acercó a la mesa de mármol e hizo una seña al pobre actor. Pero este, atónito, no lo veía.

El recién llegado avanzó un paso más:

—¡Júpiter! —dijo—. ¡Mi querido Júpiter!

El otro no entendía nada.

Entonces el grandullón rubio, impacientado, le gritó casi a la cara.

—¡Michel Giborne!

—¿Quién me llama? —preguntó Júpiter, como si lo despertasen de repente.

—Yo —respondió el personaje vestido de negro.

—¡Ah! —dijo Júpiter.

—Comience ahora mismo —repuso el otro—. Dé gusto al público. Yo me ocuparé de aplacar al bailío, y él aplacará al cardenal.

Júpiter respiró por fin.

—¡Señores burgueses! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones a la muchedumbre que seguía abucheándolo—. Vamos a comenzar ahora mismo.

—*Evoe, Jupiter! Plaudite, cives!*^[26] —exclamaron los estudiantes.

—¡Alegría! ¡Alegría! —gritaba el pueblo.

Le siguieron unos aplausos atronadores, y Júpiter ya se había colado bajo la tapicería cuando el salón aún trepidaba por las aclamaciones.

Sin embargo, el desconocido personaje que tan mágicamente acababa de tornar la tempestad en bonanza, como dice nuestro viejo y querido Corneille, había vuelto con modestia a la penumbra de su pilar y allí habría permanecido sin duda invi-

[26] ¡Bravo, Júpiter! ¡Aplaudid, ciudadanos!

sible, inmóvil y mudo como hasta entonces si no lo hubiesen sacado de aquel sitio dos muchachas que, situadas en la primera fila de los espectadores, habían observado su coloquio con Michel Giborne, Júpiter.

—Maestro —dijo una de ellas haciéndole señas para que se acercase.

—Calla, querida Liénarde —le dijo su amiga, guapa, lozana y muy llamativa de tan endomingada como iba—. No es un clérigo, sino un seglar, así que no hay que llamarlo maestro, sino micer.

—Micer —dijo Liénarde.

El desconocido se acercó a la balaustrada.

—¿Qué desean, señoritas? —preguntó con presteza.

—¡Oh!, nada —dijo Liénarde, llena de turbación—. Es mi amiga Gisquette la Gencienne, que desea hablarle.

—No —repuso Gisquette ruborizándose—. Es Liénarde quien lo ha llamado maestro y yo le he dicho que debía llamarlo micer.

Las dos muchachas bajaron la mirada. El otro, que estaba deseando trabar una conversación, las contemplaba sonriendo.

—¿No tienen nada más que decirme entonces, señoritas?

—¡Oh!, nada más —respondió Gisquette.

—Nada —dijo Liénarde.

El joven rubio dio un paso para retirarse, pero a las dos curiosas no les apetecía soltar la presa.

—Micer —dijo animadamente Gisquette, con la impetuosidad de una esclusa que se abre o de una mujer que toma partido por algo—, ¿conoce a ese soldado que va a hacer el papel de Nuestra Señora la Virgen en el misterio?

—¿Se refiere al papel de Júpiter? —repuso el desconocido.

—¡Eh, sí! —dijo Liénarde—. ¡Mira que es tonta! Entonces, ¿conoce a Júpiter?

—¿Michel Giborne? —preguntó el desconocido—; sí, señora.

—¡Menuda barba lleva! —comentó Liénarde.

Fin de la edición promocional